

Escalas ¿melografiadas? (1923)

Música narrada

Noelia Benza Flores

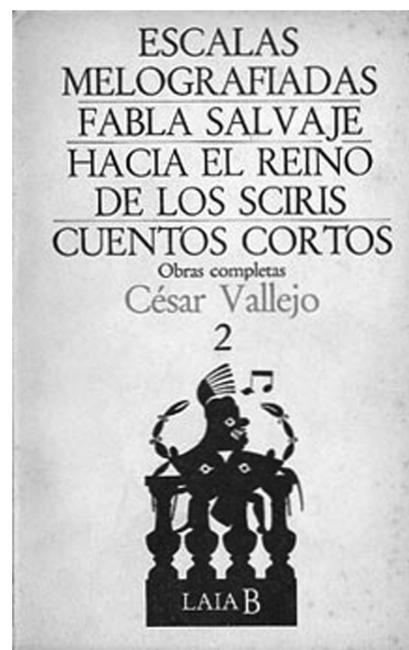
Este compendio de relatos y estampas fue publicado un año después de Trilce, por lo que su estilo no es ajeno al vanguardismo. Su primera edición se imprimió en los Talleres de la Penitenciaría de Lima (que curiosamente inspira una historia de esta obra) con parte del premio que el autor ganó en un concurso literario de 1922, por su cuento "Más allá de la vida y la muerte", que también forma parte de esta colección. Existe una controversia en torno al título de la obra por el juego de letras de la portada de la edición príncipe. En la cubierta se mostraba la palabra Escalas en letras grandes y debajo, más pequeña, melografiadas, dejando otro espacio hacia el final para cerrar con por César A. Vallejo. Para los puristas, la forma correcta de lectura sería: "ESCALAS" melografiadas por César A. Vallejo"; para los escépticos es de "Escalas melografiadas", sin pausas. Otros pensamos que la intención del autor era causar esa ambigüedad y dejar abierta ambas posibilidades.

La "sucesión diatónica o cromática de las notas musicales" es lo que la RAE define como escala musical. Si no se conoce algo sobre la materia, como es mi caso, este concepto no disipa las dudas. Recorro entonces a la misma fuente para buscar la palabra melografía, que es "el arte de escribir música" y, ahora, todo se vuelve más claro. Si Vallejo fuera un concertista, sería el compositor/intérprete de un recital completo dividido en dos actos, "Cuneiformes" y "Coro de vientos", con seis piezas cada uno. Esta puesta en escena tendría propuestas para todos los gustos, desde poemas escritos en prosa y estampas líricas (los clásicos), pasando por coqueteos ensayísticos (lo nuevo de su repertorio), hasta lle-

gar a relatos y cuentos (el pop de su obra). Y comienza.

Para dar inicio, la primera parte está conformada por creaciones inspiradas en las vivencias y anécdotas del tiempo que Vallejo pasó en la cárcel. Así, en "Muro noreste", acaso criticando a sus juzgadores, los asistentes conocemos en la letra su concepción de justicia:

La justicia no es función humana. No puede serlo. La justicia opera tácitamente, más adentro de todos los adentros, de los tribunales y de las prisiones. [...] La justicia sólo así es infalible; cuando no ve a través de los tintóreos espejuelos de los jueces; cuando no está escrita en los códigos; cuando no ha menester de cárceles ni guardias.



Sigue un tema sensual y evocativo con "Muro antártico", el sueño de un joven que fantasea con un amor prohibido, incestuoso, acompañado de una melodía dulce:

Uno mismo el cabo de nuestra partida; uno mismo el ecuador albino de nuestra travesía, tú adelante, yo más tarde. Ambos nos hemos querido ¿no recuerdas? Cuando aún el minuto no se había hecho vida para nosotros; ambos luego en el mundo hemos venido a reconocernos como dos amantes después de oscura ausencia.

La parte criminal llega con dos interpretaciones. "Muro este" describe la reacción y la sensación al momento de recibir tres disparos consecutivos, con acordes que mantienen a la audiencia alerta como en película de suspenso, pendiente y atenta. Después, al compás de un triste yaraví, en "Muro doblancho", el autor lamenta que su "alma ha seguido, paso a paso, en la maniobra prohibida" de su compañero de celda, un ladrón que, sin saberlo, también es asesino.

Continúa el memorable "Alféizar" con sus notas lúgubres, que nos recuerda que el paso del tiempo no es en vano, deja marcas y no perdona: "Estoy viejo. Me paso la toalla por la frente, y un rayado horizontal en resaltos de menudos pliegues, acentúase en ella, como pauta de una música fúnebre, implacable... Estoy muerto". Como preámbulo al descanso, atentos, intentamos entender la brevedad/profundidad de "Muro occidental" cuya letra completa está conformada por solo diez palabras: Aquella "barba al nivel de la tercera moldura de plomo".

En el intermedio podemos aprovechar para acudir a un diccionario y buscar las palabras incomprensibles, que no serán pocas, y entender las antojadizas conjugaciones del lenguaje que nuestro artista ensaya en sus composiciones como "Jarales estadizos de julio"; "viento amarrado a cada peciolo manco del mucho grano que en él gravita". Un poco de paciencia será muy útil.

En la segunda parte de la gala, el autor sorprende a su público con piezas más extensas, como "Más allá de la vida y la muerte", contándonos el sueño de ver a su madre viva otra vez. La melancolía de sus notas recuerda el viejo Santiago, lugar que dejó atrás y al que no volvería luego de una década para encontrar los restos de su casa y la vida apacible que olvidó por viajar a la ciudad.

A continuación, nos sumerge en el suspenso de la inquietante "Liberación", con un contrapunto intenso, el pánico a la traición que no tiene fin ni descanso, un delirio de persecución que alcanza extremos obsesivos sumamente dañinos. El pobre Palomino "[...] en cada migaja veía latente el veneno mortal. En cada gota de agua. En cada adarme de la atmósfera. Su tenaz escrupulosidad sutilizada hasta la hiperestesia". Y el tema de la locura sigue presente en la siguiente partitura. De la mano de Vallejo llegamos al pueblo donde la gente se cree primate; "Los Caynas" bailan, retozan y se cuelgan de los árboles como verdaderos simios al compás de un irónico estribillo:

—¡Padre mío! ¡Recuerda que soy tu hijo!
¡Tú no estás enfermo! ¡Tú no puedes estar

enfermo! ¡Deja ese gruñido de las selvas!
¡Tú no eres un mono! ¡Tú eres un hombre,
oh, padre mío! ¡Todos nosotros somos
hombres!— [...] Y mi padre gimió con
desgarradora lástima, lleno de piedad infinita.
—¡Pobre! Se cree hombre. Está loco...

Nadie se quedará con las ganas; para los románticos y melancólicos —que al parecer, abundan dentro de su público— el autor ha preparado también dos baladas. Nos enternece con “El unigénito”, entonando el amor no correspondido de un poeta que, callado, sufre por la damisela que pronto se casará: “Viejo amor flamante siempre aquél, vibrando día tras día, desde el mismo traste, desde el mismo sostenido en sí bemol, hasta haberse elevado en todos los oídos del distrito”. Una canción que vale la pena dedicar. Sin embargo, no olvidemos que el romance también implica confusión, como la del desconcertado joven enamorado de “Mirtho” la doncella que, en armonía a dos voces, presenta una doble personalidad advertida solo por extraños. La gente aplaude y el artista se despide.

No es suficiente, la afición pide más. Entonces, al sonido de “¡otra, otra!”, regresa con sus

brazos extendidos y nos regala la aclamada “Cera”, el remate perfecto para dar fin al concierto. Ambientada en el bajo mundo de los juegos de azar y los fumaderos de opio, algo así como una versión de la época de “Pedro Navaja”, hace rugir al público de encanto y llena el recinto de ovaciones: “Eché éste los dados. ¡Oh los costados y el espaldar, el hombro y el frontal del jugador! [...] Los dados detuviéronse. La muerte y el destino tiraron de todos los pelos. ¡Dos ases!”.

Estoy satisfecha, el espectáculo colmó todas mis expectativas. Vallejo tiene la habilidad de conjugar sonidos distintos sin que se le escapen notas, sin desafinar, con acordes precisos y armoniosos. Experiencias como estas, para nuestra suerte, sí las podemos disfrutar cuantas veces nos plazca, podría llenarnos con la sinfonía de sus palabras cuando se nos antoje, solo debemos comprar el álbum completo de su obra. Curiosamente me he quedado tarareando un coro, “nadie es delincuente nunca. O todos somos delincuentes siempre”. Me compraré una entrada para su próxima presentación.